

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.ª SERIE ↔ BARCELONA, diciembre de 1895 ↔ NÚMERO 62



—NO OIGO NADA: DEBE SER EL VIENTO (Pág. 488)

MEMORIAS DE UN GENDARME
POR
PONSON DU TERRAIL

(Continuación)

—No pienso ni mucho ni poco en ello, porque ya comprenderéis que no es nada agradable casarse con una jorobada. Sólo que se lo dejo creer para que secunde vuestrlos proyectos.

—¡Pícaro! —dijo Víctor.

Y desató su caballo, que estaba á la puerta mascullando la corteza de un árbol.

—¿Cuándo volveremos á vernos? —preguntó.

—¿Acaso no vendréis mañana á dar una vuelta, antes de ir á la cita?

—¿Para qué?

—Me parece que siempre será conveniente que vengáis. Podría haber contraorden.

—Tienes razón: así lo haré. Buenas noches.

Víctor montó y se alejó al galope, pues tenía ganas de dormir, con tanto mayor motivo cuanto que en Châteauneuf había bebido medio litro de aguardiente.

Ulises, por su parte, fué á examinar sus trampas.

Dirigióse, ante todo, á una para gamos, colocada en muy buen sitio, pero que se obstinaba en permanecer vacía.

¡Cuánta fué la sorpresa del cazador al ver un bulto enorme colgado de la rama principal de la trampa!

No era un gamo, sino una hermosa cierva, la hembra de un ciervo de diez años, que había caído en el lazo cuando iba á buscar comida con sus dos cervatillos.

—¡Buen golpe! —murmuró el cazador furtivo.

Y se acercó.

La cierva estaba muerta, pero todavía caliente.

El cazador la descolgó.

Mas no se lleva una cierva al hombro, como si fuera una pieza pequeña, y aquí comenzaron los apuros de Ulises.

Cogió al animal por las patas de atrás, y, haciendo un grande esfuerzo, lo arrastró hasta una senda del bosque, pensando si iría corriendo hasta Châteauneuf á avisar al pollero para que acudiese con su mulo á llevarse al animal antes que amaneciese.

Pero en aquel momento oyó en la parte baja de la senda el trote de un caballo.

No podía ser más que algún labrador que se dirigiese á la feria de Combreux.

—¡Bah! —pensó Ulises. —No hay ningún aldeano que se niegue á ganarse cien sueldos. En vez de llevar la cierva á Châteauneuf, la llevaré á Combreux.

Dejó al animal y salió al encuentro del jinete.

—¡Eh! ¡Amigo! —gritó.

El interpelado se detuvo.

—¿Qué queréis? —dijo.

—¿Sois de Combreux?

—No; pero allá voy, —repuso el jinete, que parecía un molinero.

—¿No sois guarda forestal?

—No.

—¿Ni gendarme?

—¡Vaya una idea!

—¿Queréis ganaros cien sueldos?

—Seguramente.

—¿Es fuerte vuestro caballo?

—Llevaría dos mil libras sin flaquear.

—Pues bien: venid conmigo, —dijo Ulises.

Y le llevó confiadamente hasta el sitio en que se hallaba la cierva.

Pero entonces el molinero echó pie á tierra y dijo:

—¡Buen hombre, por esta vez no habéis sido muy afortunado! Soy el nuevo sargento de gendarmes de Châteauneuf, y me veo precisado á arrestaros.

LI

Ulises quedó tan sorprendido ante aquella inesperada declaración, que se echó á reír.

—Sois muy bromista, —dijo, —y otro que no fuése yo se dejaría engañar.

Pero Nicolás, que le había colocado su ancha mano en el hombro, abrió su blusa, y, aunque la noche no era muy clara, Ulises vió debajo de ella el tradicional tahalí amarillo y la famosa placa, respecto á la cual era imposible equivocarse.

—¡Cogido! —murmuró el cazador con aturdimiento.

Luego, queriendo valerse de la audacia, dijo:

—Corriente: citadme á juicio. No me matarán por eso. Voy á deciros cómo me llamo.

—Y ¿cómo te llamas? —preguntó Nicolás con aire inocente.

—Juan Martín.

—¿De veras? ¿Dónde vives?

—En Fleury-sur-bois.

—No hay más que un mal en todo eso, —repuso Nicolás.

—¿Cuál?

—Que te llamas Ulises y que tienes tu morada á doscientos metros del parque de Beau-revoir.

—Sois muy listo, —dijo Ulises; —mucho más listo que vuestro predecesor. Pues bien: ya que estáis tan bien informado, haced vuestra citación y dejad que vaya á acostarme.

—Todavía olvidas un detalle.

—¿Qué queréis que olvide, si lo sabéis todo?

—Que has sufrido ya tres condenas por cazador furtivo.

—Y eso ¿qué le hace?

—Pues hace que me vea precisado á prenderte y que puedas contar con dos meses de cárcel.

Al decir estas palabras, Nicolás, que era hombre precavido, sacó del bolsillo unas esposas nuevecitas y flamantes.

—¡Ea! —dijo. —Es necesario tener paciencia. Ulises miró á su adversario y convencióse

de que no sería él el más fuerte, en caso de entablar una lucha.

Presentó, pues, sus manos y se dejó conducir.

Nicolás pasó por su brazo la brida del caballo y obligó á su prisionero á caminar ante él.

Así llegaron hasta el camino de Estrasburgo.

Allí, Nicolás volvió á montar; luego se inclinó, cogió á Ulises por los hombros, lo levantó de tierra como si fuera una pluma y lo puso delante de sí, diciendo:

tenía una imaginación fértil, estaba seguro de resolver aquel difícil problema.

Todo marchaba, pues, como sobre ruedas, cuando aquel condenado delito de caza había comprometido todo.

El campesino, á quien obliga á hacer tantas cosas el dinero, piensa que éste es un talismán irresistible.

Poco antes que Ulises y Nicolás llegaran al cuartel, aquél había sondeado el terreno, hablando de una pequeña herencia que esperaba y diciendo que de buena gana sacrificaría un



—Es necesario tener paciencia

—Tengo prisa.

El vigoroso caballo salió al galope, y, en menos de una hora, Nicolás y su cautivo llegaron á Châteauneuf.

Aun no era de día y nadie estaba levantado en la calle Mayor.

Sólo el gendarme que horas antes había preparado el caballo esperaba á su sargento.

Ulises había meditado seriamente, durante el trayecto, sobre la versatilidad de las cosas humanas, y, aunque no sabía una palabra de historia romana, decíase algo parecido al aforismo: «Del Capitolio á la roca Tarpeya no hay más que un paso».

Dos horas antes soñaba con los cuatro mil francos que le tocárían de la dote de la futura señora de San Julián.

Además, maquinaba una hermosa combinación para no casarse con Marta y para no dárle un escudo de los cuatro mil francos; y como

millar de francos por verse libre de aquel mal paso.

Pero Nicolás se le había reido en las barbas, quitándole las ganas de seguir por aquel camino.

Entonces intentó la intimidación.

—¿Habéis oido hablar de la señora baronesa? —preguntó el sargento.

—Ciertamente.

—¿Y del señor de San Julián?

—También, —repuso Nicolás.

—La señora baronesa pude mucho y me protege.

—¿De veras?

—Como que mi prima es hermana de leche del difunto barón.

—Mejor para ti; pero eso no te impedirá ir á la cárcel.

—Esta noche, desde luego; pero mañana me soltarán.

—Me alegraré por ti,—replicó Nicolás.—Y el señor de San Julián ¿qué hará en tu obsequio?

—¡Oh! Ese irá al tribunal y hará que me abuelvan. No tiene más que decir una palabra para que le atiendan, y, si se empeña en que os trasladen, lo conseguirá.

Ulises había guardado para el final esta amenaza, que no surtió ningún efecto.

El sargento le encerró en la prisión provisional que había en el cuartel; luego, antes de dejarle solo, le dijo con una bonachonería que le engañó:

—Ya que dices que la baronesa y el señor de San Julián son tan poderosos, sería preciso que les escribieras.

Ulises cayó en el lazo.

—Tenéis razón,—dijo.—¿Haríais que les entregaran una carta mía?

—Nada se opone á ello, y, en cuanto no lo impide mi deber, siempre he sido complaciente. ¿Quieres recado de escribir?

—Sí.

Nicolás llamó al gendarme, que se apresuró á llevar papel, pluma y tintero.

Ulises escribió primeramente al señor de San Julián:

«Esta noche me han cogido los gendarmes, lo cual va á entorpecer algo nuestro asunto con la señorita. Si podéis, venid á verme hoy á la cárcel.»

Luego, en vez de dirigirse á la señora de Verne, lo hizo á su prima Marta.

El sargento se encargó de las dos cartas.

A la sazón eran las cinco de la madrugada; pero aun faltaba mucho para que amaneciera. Nicolás volvió á ponerse el uniforme; y como su caballo había hecho ya una buena jornada, tomó el de uno de los gendarmes, dirigiéndose en derechura al castillo de Beaurevoir.

Cuando llamó á la verja del parque, acababa de levantarse el jardinero.

—¡Eh, amigo mío!—le dijo Nicolás.—¿La señora baronesa no se ha levantado aún?

—Ya podéis pensar que no,—repuso el jardinero.

—Pues bien: es preciso despertarla y decirle que necesito absolutamente hablar con ella.

Y ató su caballo á la parte exterior de la verja.

Sin duda, la señora de Verne, presa de una vaga inquietud, no dormía más que con un ojo, pues oyó el coloquio sostenido al pie de los muros del castillo, é inmediatamente abrió su balcón.

—¡Mateo!—gritó al jardinero.—Rogad al Sr. Sautereau que me espere, pues bajo en seguida.

Y en efecto: pocos minutos después, envuelta en un peinador, acudió y dijo al jardinero:

—Guardad el caballo del señor y tened cuidado de que no nos interrumpan.

Luego condujo á Nicolás al pequeño pabellón donde le había recibido la víspera por la mañana.

—Y bien,—le dijo;—¿qué tenéis que comunicarme?

—Señora,—repuso el sargento;—antes de explicarme, ¿me permitís que os haga una pregunta?

—Decid.

—¿No habéis sido víctima de varios robos?

—Sí, señor.

—¿Entre ellos, uno de objetos de plata?

—Seis cubiertos, hace dos años; y este robo fué tanto más extraordinario cuanto que no tengo sino criados antiguos que me merecen la mayor confianza.

—Sin embargo, por entonces despedisteis á una ayudante de cocina.

—Sí, pero sin atreverme á acusarla.

—Aquella joven era inocente, señora.

—¿Conocéis al verdadero culpable?

—Sí, señora baronesa.

—Y ¿está en mi casa?

—Lo está.

—¡Oh! ¡Es imposible!

—¿No habéis sospechado nunca de Marta, vuestra doncella?

—¡Marta!—exclamó estupefacta la baronesa.

—Señora,—repuso Nicolás,—hay tramado un plan contra vos. Se trata nada menos que de robar á vuestra hija.

La baronesa ahogó un grito.

—Ese complot.—continuó el sargento,—ha sido urdido por Marta, su primo Ulises y el señor de San Julián.

Y entonces Nicolás Sautereau refirió á la señora de Verne los acontecimientos de la noche anterior.

La baronesa le escuchó trastornada.

—¿Dónde duerme vuestra hija, señora?—preguntó el sargento.

—En mi cuarto.

—¿Y Marta?

—En el piso de encima.

—Entonces, es poco probable que, habiendo vuelto al castillo después de media noche, haya visto ya á la señorita Ana.

—Es imposible.

—Así lo esperaba yo,—dijo Nicolás.—Y si no ha podido entregar aún la carta del señor de San Julián, todo se ha salvado. Tened la bondad de mandarla venir aquí.

La señora de Verne llamó al jardinero.

—Mateo,—le dijo;—subid á la habitación de Marta, hacedla levantar y conducidla aquí inmediatamente.

El jardinero obedeció y se vió obligado á llamar tres veces á la puerta del cuarto de Marta, que soñaba con su boda y se veía, al fin, con el velo blanco y la corona tradicional.

Marta creyó que su ama estaba enferma; pero la inquietud se apoderó de ella cuando supo que la baronesa se hallaba en el pabellón y cuando vió atado á la verja el caballo del sargento.

—Sin embargo, siguió al jardinero.

La señora de Verne hizo salir á éste.

—Señorita,—dijo Nicolás á Marta,—aquí tenéis una carta de vuestro primo Ulises, que está en la cárcel, á donde le he conducido yo anoche, poco después de separarse de vos.

Marta palideció.

La señora de Verne le dijo á quemá ropa:
—Y el sargento viene á prenderos también
por el robo de los cubiertos.

Marta lanzó un grito y cayó de rodillas ante
la baronesa.

LII

Marta ya no pensaba en su primo Ulises, ni
en sus promesas de matrimonio, ni en los cu-
atro mil francos que debían constituir su dote,

—¡Ah! ¡Señora... señora!... —suplicó Marta.

—¿No tendréis piedad de mí?

—Me habéis hecho traición...

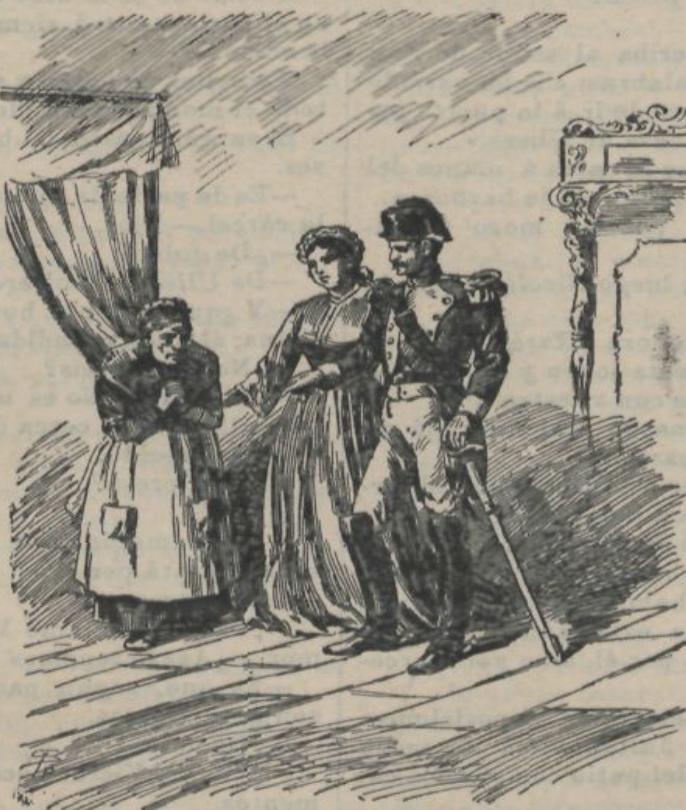
—He sido hermana de leche de vuestro espo-
so... —gimió la jorobada.

—Y ¿por eso queríais hacer caer á mi hija
en un lazo infame?

La jorobada se arrancaba los cabellos y se
retorcía las manos.

De pronto, tras un instante de silencio, dijo
la baronesa:

—Si yo os perdonase, ¿me serviríais fiel-
mente?



—¡Ah! ¡Señora... señora!... —No tendréis piedad de mí?

y que el señor de San Julián le había prome-
tido.

No: Marta ya no pensaba en nada de eso.

Veíase perdida; pues, en su turbación, el
grito que lanzó y su humilde actitud revela-
ban claramente que era culpable.

—Perdón, señora, perdón! —balbuceó.

—Es demasiado tarde para que os perdone,
—repuso la baronesa,—pues este caballero es
quien acaba de revelarme la verdad.

—Señora,—dijo Nicolás,—cuando se verificó
el robo, ¿presentasteis denuncia?

—No, señor.

—Si la presentáis ahora, prenderé á esta
joven.

—¿Y si no la presento?

—Entonces,—repuso Nicolás sonriendo,—la
justicia no debe saber, á veces, más que lo que
quieren contarle. De vos depende, pues, per-
der ó no á esta desdichada.

—¡Oh! Toda mi sangre es vuestra, se-
ñora.

—No se trata de vuestra sangre, sino de que
reparéis el mal que habéis hecho.

—Hasta ahora, ese mal no es muy grande,
supuesto que la señorita Ana no sabe nada,—
dijo Marta.

—¿Lo juráis?

—Lo juro! La señorita sólo se ha fijado en
que el Sr. Víctor rondaba mucho por los alre-
dedores del castillo, y eso la ha halagado, como
á todas las jóvenes.

—Pero ese hombre ¿le ha escrito? —dijo la
baronesa.

—Sí, señora.

—¿Dónde está la carta?

—Todavía la tengo en mi bolsillo. Aquí la
tenéis,—se apresuró á decir la jorobada, que
entregó á la baronesa la carta del señor de San
Julián.

Esta la leyó, y sus labios se plegaron desdenosamente.

—Pero ¡este hombre es un rústico disfrazado de caballero! ¡No se escribe á una joven en este estilo y con estos términos!

Y, rompiendo la carta, la arrojó al suelo.

—Señora,—dijo entonces el sargento,—si perdonáis á esta joven, que sea con la condición de que me obedezca.

—Yo haré todo cuanto se quiera,—dijo Marta.

—Y yo me encargo de arreglarlo todo,—repuso Nicolás Sautereau.

—Corriente,—dijo la baronesa;—tengo en vos plena confianza.

—¿Sabe escribir esta joven?

—Sí,—dijo Marta.

—Pues bien: que escriba al señor de San Julián estas sencillas palabras: «Se ha variado el lugar de la cita: en vez de ir á la puerta pequeña del parque, id á casa de Ulises.»

—Y ¿quién hará llegar la carta á manos del señor de San Julián?—preguntó la baronesa.

—Marta la enviará por un mozo de labranza.

La jorobada escribió; luego Nicolás dijo á la señora de Verne:

—Hasta la noche, señora. Haréis bien en vigilar severamente á esta joven y en dejarla hablar lo menos posible con vuestra hija.

Dichas estas palabras, se despidió, fué en busca de su caballo y partió.

Pero, en vez de volver á Châteauneuf, el sargento fué en derechura á San Julián.

Apenas eran las ocho de la mañana, y Nicolás, que calculaba con bastante exactitud, decíase que Víctor, que había vendido una gran parte de la noche, debía estar aún en el lecho y que no sería recibido por él, sino por Marcelina.

No se equivocaba en tales suposiciones: cuando llegó ante San Julián, vió á un mozo de labranza que salía del patio con sus dos caballos, y le dijo:

—¿Está levantado el Sr. Víctor?

—No, señor,—repuso el mozo.—El Sr. Víctor ha vuelto de viaje esta noche, y duerme todavía.

—Tengo un encargo para él...

El mozo, sirviéndose de su látigo para señalar, dijo:

—Mirad: entrad por ahí... ¿Veis esa puerta baja? Es la de la cocina. Allí encontraréis á la señorita Marcelina. Ella y el Sr. Víctor son una misma cosa.

El gendarme entró en el patio.

Al ruido salió á la puerta baja una mujer. Era Marcelina.

Nicolás no la había visto nunca; pero se le había hablado de ella, y al primer golpe de vista comprendió que era la mujer con quien había contado.

Tendría unos treinta y cinco años y era de belleza común, pero energética.

Tenía el aire insolente, hablaba en tono protector, y en San Julián todo el mundo temblaba ante ella.

—¿Qué es lo que queréis?—preguntó con altanería al sargento.

Pero Nicolás echó pie á tierra, se quitó cortésmente el sombrero, y repuso:

—Traigo un encargo para el señor de San Julián. Pero creo que es con la señorita Marcelina con quien tengo el honor de hablar...

—Precisamente,—repuso la interpelada en tono más suave.

—Entonces, es exactamente lo mismo que si hablara con el señor de San Julián,—continuó Nicolás.

Marcelina no resistió á este último cumplido, y su faz se esclareció del todo.

—Pero entrad, señor sargento,—dijo.

Nicolás no se lo hizo repetir. Ató su caballo en el patio y entró, siempre con el sombrero en la mano.

Marcelina se hallaba sola en la cocina, pues todo el mundo había ido al campo.

El sargento sacó del bolsillo la carta de Ulises.

—Es de parte de un pobre diablo que está en la cárcel,—dijo.

—¿De quién?

—De Ulises, el solterón.

—Y ¿quién es ese hombre?—preguntó Marcelina, algo sorprendida.

—No le conocéis?

—; Esperad! ¿No es uno que vive en el bosque, allá arriba, cerca de Beaurevoir?

—Justamente.

—¿Está preso?

—Sí.

—Y ¿se imagina que el señor de San Julián se interesará por él?

—Así parece.

—; Vaya!—exclamó Marcelina con mal humor.—; Acaso tenemos algo que ver con él?

—Es que, según parece, él y el Sr. Víctor son muy amigos.

—; De veras!

—Y el Sr. Víctor necesita de él en estos momentos.

—¿Para qué?

Nicolás guiñó un ojo.

—Ulises es primo de Marta, la jorobada,—dijo.

—Y ¿quién es Marta?

—La doncella de la baronesa.

El perro de caza extraviado, que oye los ladridos de otro perro, no se estremece tan vivamente ni endereza las orejas tan pronto como lo hizo Marcelina al oír tales palabras.

—¿Qué significa eso? ¿Qué queréis decir?—preguntó.

—Yo os creía al corriente...—dijo el astuto sargento.

—¿Al corriente de qué?

—De que, según parece, el señor de San Julián trata de casarse.

Marcelina se puso en jarras.

—; Ah!—dijo.—; Me gustaría ver eso!

—Y se dice que la señora baronesa, que todavía es joven...

Estas palabras fueron un rayo de luz para Marcelina.

—Entonces,—exclamó,—por eso va ahora á pasearse á caballo todos los días, en vez de cuidarse de sus tierras. ¡Ah! ¡Le ha flechado la señora baronesa! Pues nos veremos las caras.

—A fe mía, señorita,—dijo el sargento,—os ruego que me dispenséis.

—De qué?

—De haberos dicho una cosa que ignorabais y que os causa pesar. Por esto no añadiré una palabra más.

—Al contrario,—repuso ella;—quiero saberlo todo.

Luego añadió:

—Pero ¿no queréis echar un trago?

—Con mucho gusto.

Marcelina abrió un armario y sacó vasos y una botella de vino.

—Este es muy bueno,—dijo, poniéndolo todo encima de la mesa.

Nicolás se sirvió sin cumplidos un vaso de vino blanco, diciendo:

—A vuestra salud, señorita!

Marcelina le dió las gracias con un ademán amistoso, y luego fué á sentarse junto al sargento.

—Pero,—dijo,—para que sepáis todo eso, es preciso que se hable de ello en el país.

—Pronto se hablará, por lo menos.

—Es posible!

—Mas será, según parece, para burlarse del señor de San Julián,—añadió Nicolás.

—¡Ah! —dijo Marcelina, cuyos ojos brillaron de alegría.—¿Cómo es eso?

—Porque no creo que se salga con la suya.

La mirada de Marcelina se hizo aún más brillante.

—¿De veras? —dijo.

—En primer lugar, la señora baronesa es mucho más rica, dicho sea sin ofenderos.

—¡Oh! Seguramente, Víctor no tiene más que deudas. Sin mí, hace tiempo que habría ido al hospital.

—Y luego no quiere casarse.

—¿Es eso cierto?

—Sólo piensa en casar á su hija.

—¿Quién sabe si no es en la hija en quien piensa él! —dijo Marcelina con celoso instinto.

—¡Oh! No,—repuso Nicolás;—es en la madre.

—¡Ya le daré yo baronesas! —exclamó Marcelina con arrebato.

Y, cogiendo la carta que estaba encima de la mesa, la rompió en mil pedazos.

—Oíd, señorita,—dijo Nicolás con tono persuasivo.—Si queréis seguir mis consejos...

—¿Qué?

—Que no ocurrirá nada de lo que teméis.

Y Nicolás, sirviéndose un segundo vaso de vino, tomó un aire confidencial.

LIII

Nicolás Sautereau debió parecer á Marcelina muy comunicativo después de haber bebido dos vasos de vino blanco.

Y Marcelina era, sin duda, mujer capaz de aprovechar un buen consejo, pues cuando el sargento se marchó al cabo de una hora, ella le acompañó hasta la puerta del patio y le dirigió una benévolas sonrisa, mientras montaba á caballo.

Luego, entretanto que el gendarme se alejaba, Marcelina volvió á entrar en la casa y se entregó, como de ordinario, á sus ocupaciones.

Las gentes de la granja llegaron á las nueve para almorzar.

Marcelina no perdió su buen humor. Al mediodía, el señor de San Julián bajó de su cuarto, alegre y campante, silbando como un mirlo á la salida del sol.

—¡Tengo hambre! —dijo haciendo chasquear la lengua.—Hambre y sed.

Marcelina puso la mesa y sirvió el almuerzo, compuesto de los restos de un guiso de liebre, huevos con jamón y una jarra de vino blanco de San Juan de Bray.

El bueno de San Julián, cuyos dientes semejaban los de un jabalí de cuatro años, devoró.

Marcelina iba y venía por la casa cantando entre dientes, que gustaba lucir con frecuencia, porque eran muy blancos.

Dos ó tres veces el caballero había mostrado intenciones de ser indiscreto.

—¡Eh! ¡Eh! —dijo una de ellas.—Esta casa es muy grande para un hombre solo.

Marcelina no respondió.

—Una mujer que trajese una buena dote no vendría mal aquí,—dijo otra vez.

Marcelina no chistó tampoco.

La tercera vez fué aún más explícito el señor de San Julián.

—Oye, Lina,—dijo;—tengo una idea original.

—¡Ah! —exclamó Marcelina.

—Si yo me casara!...

Pero entonces la criada ama fijó en él una de esas miradas frías y altaneras que hacían temblar al robusto caballero como si fuera un doctrinario ante su profesor.

—Creo,—respondió ella,—que hoy no estáis en vuestro cabal juicio.

El rústico se atragantó con un bocado y no respondió.

Cuando, acabado de almorzar, se enjuagaba la boca con un gran vaso de aguardiente, entró en la granja un campesino.

Era el mensajero de Marta.

El señor de San Julián reconoció en él á uno de los criados de Beaurevoir y se inquietó, porque Marcelina estaba presente.

Pero ésta no mostró deseos de ver la carta que el labriego entregó á San Julián, quien, después de leerla, exclamó:

—Está bien. Di que iré.

Y, arrugando el papel, encendió con él la pipa, yéndose luego á dar una vuelta por el patio para evitar toda explicación con su terrible sirvienta.

—Por qué cambiaba Marta el lugar de la cita?

San Julián no podía explicárselo; pero, de todas maneras, el cambio le convenía.

—Así estaremos más libres,—se dijo.

El día, aunque ya estaba mediado, le pareció interminable.

Prolongó la cena y permaneció en la cocina hasta que, temprano según costumbre, se retiró Marcelina á su habitación.

Entonces él salió sin hacer ruido, fué á la cuadra, ensilló su caballo, le hizo pasar á lo largo del muro sobre el estiércol, para que Marcelina no oyera resonar sus pasos en el pavimento del patio, y, cuando ya estuvo fuera, montó y partió al galope.

Una hora después se hallaba á la puerta de Ulises, el solterón.

Pero la puerta estaba cerrada.

Llamó y no obtuvo contestación.

—Ese bandido estará, sin duda, cazando,—dijo.

Y como el señor de San Julián era muy poco escrupuloso en su trato con las gentes sencillas, echó la puerta abajo de un empujón, entró y encendió tranquilamente fuego con un poco de combustible que arrojó á la chimenea.

Después encendió una nueva pipa y esperó.

Transcurrió un cuarto de hora. Ulises no llevaba trazas de volver. El pobre diablo meditaba en la prisión de Caâteauneuf sobre las pequeñas miserias de la vida de cazador furtivo. Pero al cabo de otro cuarto de hora se dejó oír un ligero ruido.

El señor de San Julián salió al exterior.

Hacía una hermosa luna, y el caballero pudo ver una mujer que se adelantaba á su encuentro con paso rápido.

Era Marta, la jorobada.

—¡Cómo!—dijo Víctor, que había apagado su pipa y guardadola en el bolsillo.—¿Vienes so.a?

—Sí, señor.

—¿Y la señorita?

—No vendrá.

—¡Rayos y truenos!—exclamó Víctor.—¿Qué ha sucedido?

—Nada de malo para vos, después de todo,—respondió Marta,—si lo que buscáis es el dinero y no la mujer.

—Pardiez! El dinero.

—Ya me lo figuraba,—respondió Marta.

Y á continuación entró en la estancia de Ulises y cerró la puerta tras sí.

Luego, adoptando un aspecto misterioso, dijo:

—Mi querido Sr. Víctor: hicisteis perfectamente en decirme ayer que habíais dejado un bulto sobre la mesa del pabellón.

—¿Por qué?

—Porque he estado á punto de echar á perder el negocio. Si hubiese dado el otro billete á la señorita, todo se habría perdido.

—¿Cómo es eso?

—La suerte ha sido que he bajado al parque antes de levantarse la señorita.

—Ah!

—He encontrado á la señora baronesa que se paseaba muy pensativa. Cuando me ha visto, me ha llamado y me ha dicho:

«—¿Conoces al señor de San Julián?

»—Yo me he puesto á pensar.

»Entonces ella ha continuado:

»—¿No es ese caballero que monta tan bien á caballo y que algunas veces hemos encontrado en el bosque?

»—Sí, señora,—le he respondido.

»—¿Está casado?

»—No.

»A mí me sorprendía que me hiciese aquellas preguntas; y como ya sabéis que tengo confianza con ella por haber sido la hermana de leche del difunto barón, le he dicho claramente:

»—¿Por qué me preguntáis eso?

»La baronesa me ha parecido algo embarazada para contestar; pero después de un momento me ha dicho:

»—Es que, ya ves, no tengo más que treinta y dos años y soy muy joven para quedarme viuda. De buena gana me volvería á casar.

»Entonces yo he comprendido que era por esta parte por donde se había de atacar, y le he dicho:

»—Yo creo que la señora no tendría más que decir una palabra para que el señor de San Julián...

»—¿Lo crees así?

»—¡Oh! Vaya,—he continuado;—está muy enamorado de la señora.

»Entonces ella se ha sonrojado algo y he oido que murmuraba:

»—Tal vez sea él...

»Yo me he hecho la sorprendida y ella ha añadido:

»—¿No sabes que he recibido una declaración?

»—¿Del señor de San Julián?

»—No lo sé: la carta no estaba firmada.

»Entonces he respondido:

»—Debe ser de él.

»Y como la señora baronesa se quedase pensativa, he añadido:

»—De modo, que ¿no os disgustaría llamaros la señora de San Julián?

»—No, ciertamente,—me ha dicho;—es uno de los nombres más antiguos de la provincia.

»—Y tienen un hermoso castillo,—he añadido.

»—¡Oh! En cuanto á eso, si el enlace se realiza, viviríamos en Beaurevoir. Estoy acostumbrada á vivir aquí. Pero,—continuó,—cuando uno se llama San Julián y pertenece á nuestra clase, no se escriben billetes anónimos. Se presenta uno francamente.»

—¡Ah! ¿Ha dicho eso?—interrogó el rústico caballero.

(Se continuará)